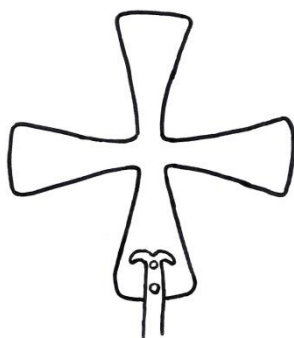


ABACUS



Revista de la Asociación BAUCAN

ISSN 1889-8800

www.abacus.org.es

info@abacus.org.es

www.baucan.org

CARTA DE HUGO PECCATOR

Traducción de

Jose Luis Delgado Ayensa

Nota introductoria

La carta '*Hugo Peccator*' es uno de los primeros textos templarios que han llegado hasta nuestros días. Se trata de una misiva, una exhortación más bien dirigida a los primeros *Pauperes Commilitones Christi*, posteriormente Hermanos del Templo por el lugar donde fijaron su primera residencia y, por ende, templarios.

La autoría de esta carta ha sido discutida por los historiadores con el discurrir de los siglos, surgiendo dos corrientes predominantes: una apuntando al famoso teólogo agustino Hugo de San Víctor, la otra otorgando el escrito al propio primer maestro de la incipiente Orden, Hugo de Payns. Parece esta última teoría la más plausible ya que, pese a demostrar el autor un amplio conocimiento de fragmentos bíblicos, estos son citados con una inexactitud impropia de un teólogo. Este hecho, unido al modo de dirigirse el autor a sus coetáneos hierosolimitanos, hace que historiadores de peso como Shelwood o Cerrini se inclinen más por la autoría de Payns.

Más que una carta, como decía al inicio, se trata de una exhortación en la que Hugo alienta a los hermanos en Tierra Santa para que no caigan en la desesperación y continúen firmes en su tarea.

Pero dejemos que sea la propia carta la que hable al avezado lector, y le permita destilar todo el sentimiento y sabiduría de alguien, sin duda, muy cercano a las primeras horas de la Orden del Temple.

Se ha procurado en esta traducción ser lo más fiel posible al sentido original, pecando quizás en ocasiones de una traducción excesivamente literal que pueda restar fluidez a su lectura, deviniendo en construcciones sintácticas excesivamente complejas; pero las decisiones tomadas se han hecho con el objetivo de reducir al máximo el riesgo de adulterar el mensaje a través de la adaptación de las palabras.

CARTA DE HUGO PECCATOR

Hugo Pecador a los soldados de Cristo que, con piadoso empeño, santifican continuamente su devoción en el templo de Jerusalén: luchad y venced, y coronaos en Cristo nuestro Señor.

1. Queridísimos hermanos, cuanto más vela el diablo para nuestro engaño y subversión, más nosotros –por el afán de circunspección- debemos poner atención no sólo contra el mal sino también en las buenas acciones. En efecto: la primera tarea del diablo es que nosotros seamos arrastrados al pecado; la segunda es que en las buenas obras nuestras intenciones se corrompan; la tercera es que, en cierta manera, en lo que parece ser útil a propósito de la virtud, examinando nuestras obras, éstas resulten inestables en el bien.

En prevención del primer engaño dice la Escritura: “Hijo, cuida no seas conforme alguna vez al pecado”. En prevención del segundo engaño dice en otro lugar: “Haz bien el bien”; efectivamente: no hace bien el bien quien en las obras buenas no busca la gloria de Dios, sino la propia. En prevención del tercer engaño dice en otra parte: “Permanece en tu lugar”; en efecto: de algún modo no quiere estar en su lugar el que por este hecho se obliga a reflexionar, ya que la inconstancia de la mente siempre es arrastrada a deseos ajenos.

Por esta inconstancia, y corrigiendo la volubilidad, dice el Apóstol: “Cada uno, en esa vocación a la que ha sido llamado, en ella permanezca. Uno así, otro así. Ved, hermanos, cómo todos los miembros del cuerpo tienen una función; el cuerpo completo, por sí mismo, no podría subsistir”. Oíd al Apóstol: “Ya que si el pie dijera: ‘No soy ojo, no soy del cuerpo’, ¿no es por ello del cuerpo? Sabed que los que son más innobles, son más útiles”. Los pies tocan la tierra, pero sostienen todo el cuerpo. No os engañéis a vosotros mismos: cada uno reciba la recompensa según su trabajo. Los tejados de las casas reciben lluvias, y granizos, y vientos... pero si no hubiese tejado, ¿para qué habría de pintarse el artesonado?

2. Por eso aquí decimos, hermanos, que oímos a algunos cuestionar, de algún modo, vuestra profesión en aquellos de vosotros menos decididos; que vuestras vidas os dedicasteis, por las armas, a la defensa de los cristianos contra los enemigos de la Fe y de la Paz. De ese modo dicen que aquella profesión sea, bien ilícita, bien perniciosa; es decir: sea origen del pecado, o bien lo sea de mayor impedimento.

He aquí lo que ya dije: que el diablo no duerme. Sabed que, en efecto, si el pecado quiere aconsejaros, no lo oigáis ni consintáis. Por eso no os he dicho: “Embriagaos, fornicad, luchad, arrostrad”. En primer lugar, escapad de sus obras rechazando los pecados. Después, fatigaos además en las obras contrarias; por ejemplo: luchad de forma pacífica con los ayunos de la propia carne y con la abstinencia, y sustituid la soberbia con la virtud en las obras... resistid y venced. Y, además, en la guerra, combatid con las armas a los enemigos de la Paz, aquellos que hieren o quieren herir.

También, aquel enemigo invisible, siempre tienta en cruel persecución, y se esfuerza en corromper vuestras buenas obras, que racionalmente y con justo celo ejecutáis; y puesto que se afana intencionadamente en corromper la causa de las acciones, dispone el odio y la furia para que matéis, dispone la avaricia para que saqueéis; y ahí vosotros rechazáis la insidia, ya que matando no odiáis

iniciamente, y saqueando no anheláis injustamente. Por eso, en efecto, digo: “No odiáis iniciamente”, ya que no odiáis a los hombres, sino a la iniquidad. Por eso, en verdad digo: “No anheláis injustamente”, puesto que tanto más despojáis, cuanto que en pecado a los justos quitaron. Y a vosotros, por vuestra tarea, es justamente debido; en efecto: el obrero es merecedor de su salario. Si no pones bozal al buey que trilla, ¿al hombre que trabaja le negarás la paga pactada? Si gusta que al hombre se le dé recompensa por las palabras para la edificación del prójimo, al hombre que pone su alma al servicio de la vida del prójimo ¿no se le debe la paga?

3. Igualmente he dicho: puesto que el diablo es vencido en este sentido, no consiguiendo hacer de las suyas en vosotros, tanto así sea la acción como sincera la intención. Y esto a los otros combates se traslada. Efectivamente: no puede negarse que sea bueno lo que hacéis realizando además esa tarea dentro del bien, lo cual hacéis, ni que mantengáis la perseverancia, cuya consecución es totalmente buena. Admitid como bueno lo que no pueda negarse, pero descuidad aconsejar lo menos bueno para mayor bien: no se haga tal cosa, sino que tal cosa no se haga. No os preocupéis de quien hable, puesto que también así os priva de vuestro propósito. Así quiero, en verdad, que desde ahora salgáis de donde estéis. Por eso permaneced así, resistid a vuestro adversario el león y el dragón: porque viene como león para desmenuzaros, viene como dragón para engañaros. Así que no le creáis. Se entiende que cualquiera pueda ser aconsejado por el enemigo, aunque el consejo parezca bueno. Recordad lo que le dijo a vuestra madre este astuto persuasor: “Comed –dice- y seréis como Dios”. Ved cómo promete la divinidad enseñando a despreciar la humanidad. Promete la majestad anulando la humildad. Entonces vosotros, hermanos, instruidos en las primeras astucias, permaneced cautos y no recibáis fácilmente los pareceres que aconsejan la apetencia de elevaros a la divinidad. Recordad que sois hombres, conservad humildemente lo que Dios os entrega y soportad pacientemente lo que Dios os dispone.

4. Y si llegara, con fuerza, a vuestra mente el anhelo de órdenes más altos, sabed que en todo orden es más alto el que es mejor. Judas se precipitó de la cima de los apóstoles y el publicano fue justificado acusándose humildemente. Si la posición pudiera salvar, el diablo no habría caído del cielo. Por el contrario, si la posición condenase, Job no habría vencido en el estercolero del diablo. Considerad entonces por esto que ni la posición ni el hábito son algo para Dios. Ya que dice el apóstol Pablo: “Ni la circuncisión, ni la no circuncisión, sino la nueva criatura”. Si por tanto se escoge el progreso, y queréis ascender a lo mejor, no penséis en aquellos que están fuera, volved el ojo interior hacia donde vea a Dios. Allí donde está la verdadera virtud, allí es bueno el ascenso. En efecto, así se dice del justo: “Dispuse los ascensos en su corazón; iban de virtud en virtud; se veía al Dios de los dioses en Sion”.

5. Pero afirman que el afán que os aparta del exterior, aparta del progreso en lo eterno y obstaculiza el ascenso espiritual. Buscad la paz y la tranquilidad para que podáis fructificar en Dios. En efecto: la soledad es amiga de la contemplación; dicho esto, tened celo de Dios, pero no conforme al conocimiento. No sabéis lo que pedís. Oíd lo que os responde Cristo, no yo: “Queréis sentaros a su derecha y a su izquierda en su reino”; queréis sentaros y reposar con quien reina, pero no queréis

trabajar ni fatigaros con quien lucha. Será santo lo que pidáis, e incluso será justo. Porque si no es justo lo que pedís, no sabéis lo que pedís.

En efecto: el orden de la justicia exige aquí que quien quiera reinar no rehúse trabajar; quien quiera la corona no evite la lucha. El propio Cristo, a quien debéis seguir, antes de subir al cielo a la serenidad de la derecha del Padre, trabajó en la tierra luchando contra los impíos y los males de los hombres. Ved, hermanos: si de este modo, como vosotros decís, se buscasen el reposo y la paz, nadie permanecería en el orden de la Iglesia de Dios. De esta manera, los propios habitantes del desierto no pudieron huir de las ocupaciones como trabajar para el sustento y el vestido y otras necesidades de la vida mortal: si no estuviesen arando ni sembrando, comerciando y preparando, ¿qué harían contemplando? Si los Apóstoles hubieran dicho a Cristo: “Queremos estar ociosos y contemplar, no ir de un lado a otro, no trabajar, estando lejos de las réplicas y de los esfuerzos humanos”, si esto hubieran dicho los Apóstoles a Cristo, ¿dónde estarían ahora los cristianos?

6. Por eso ved, hermanos, cómo se esfuerza el enemigo, bajo pretextos piadosos, en guiaros hacia las trampas de la incertidumbre. La virtud de los hombres no huye del pesar, sino de la culpa: no del ejercicio del cuerpo, sino de la perturbación de la mente.

El siervo de Dios sabe permanecer pacífico en la ocupación y tranquilo en la discordia; sabe estar contento con su destino para, ni temer estremecerse con la disposición divina, ni contradecir con soberbia la divina voluntad. En efecto: Él es el Señor y nosotros somos sus siervos; y en su gran casa coloca a cada uno, teniendo por ley que quien fue más humilde en el servicio de la administración, se haga el más elevado en la ganancia de la recompensa. De este modo, la hostil tentación nunca permite la tranquilidad en el corazón de los mezquinos. Resultando, en vez de poder, la desesperación de los superiores; en vez de sumisión, la indignación de los inferiores.

Dice a los señores que no podrán salvarse si no salen al cuidado del poder; dice a los sirvientes que no serán partícipes de la religión, ya que no son partícipes del gobierno. ¡Oh engaño hostil!, ¿cuándo cesarás? ¿Cómo se transformará el ángel de Satanás en ángel de la Luz? Si el diablo aconsejara apetecer las pompas del mundo, más fácil se conocerían sus engaños; ahora dice a los soldados de Cristo que depongan las armas, no dirijan la guerra, huyan del tumulto, exijan lo secreto... con tal que, pretendiendo la humildad en apariencia, realmente anulen la humildad. ¿Quién es, en efecto, soberbio, sino aquel que se haya impuesto no obedecer a Dios en todo ello?

7. Entonces de este modo, impulsando a los superiores, Satanás subvierte apropiándose de los inferiores: “¿Por qué –pregunta- trabajáis en vano? ¿Por qué sufrís tan inútilmente los trabajos? Estos hombres a quienes servís os hacen partícipes del trabajo, pero no quieren haceros partícipes de las fraternidades. ¿Cuándo llegarán los homenajes de los fieles a los soldados del Templo? ¿Cuándo harán los fieles de todo el mundo oraciones por los soldados del Templo? Sobre tal cosa no hay ninguna mención, ningún recuerdo; y con todas las penalidades corporales del trabajo superadas, rebosa en vosotros todo fruto espiritual.

Alejaos entonces de esta sociedad y ofreced a Dios en otro lugar el sacrificio de vuestro trabajo, donde vuestro afán de devoción sea evidente y fructífero. Ved,

hermanos, al engañador multiforme, cómo se convierte en todo tipo de astucias: hace murmurar a aquellos que son prelados e instruidos, hace murmurar a estos que son súbditos e ignorantes, cual si Dios no los reconociera porque no son nombrados por los hombres. Ved, no obstante, hermanos, que en estos actos necios está vuestro tentador. En efecto: considero que ninguno de entre vosotros que sea sabio ignore que, lo que tanto es más seguro en todas las virtudes, cuanto más está oculto.

Y ninguno de los fieles debe dudar que cualquiera, en cualquier sociedad, puesto entre aquellos que sirven a Cristo, siendo partícipe de la tarea, éste los hará partícipes de la retribución recibéndolos sin ambigüedad.

Si así opináis, queridísimos hermanos, y servís a la paz de vuestra sociedad, la Paz de Dios estará con vosotros. FIN